

MICRORRELATO

Amor. Muy poca palabra para tan inmenso sentimiento. A veces descriptible, pues entonces de amor no se trata. Llevo mucho tiempo pensando en lo que siento por ti, pero no me atrevo a confesártelo. Te miro, te ignoro. Te deseo, pienso en otra cosa. Me enciendes, me enfrías. Te quiero, te odio. Equilibrios de la pasión.

¿Fue a primera vista? Puede, pero nada comparado al conocerte. ¿Fue tu rostro? Quién sabe. Estoy en un sinvivir, pero qué sería de este pobre desalmado si echara valor y se enfrentara a su quimera. Tú ya estás comprometida, y te veo muy feliz. ¿Quién sería yo si te dijera lo que piensa mi corazón y siente mi mente? Cada día que pasa es una cuenta atrás a la explosión, la explosión de todo mi ser. Ese día, marcado a fuego: tu casamiento. Han pasado tantos años que ya ni mi corazón quiere latir como latía antes de conocerte. Sólo sabe moverse a tu ritmo, al que tú le vas marcando. Esa música que haces sin saber al caminar, al reír, al mirarme fijamente, todo al compás de tus movimientos.

Ese sentimiento, esa reflexión, esa decisión. Sueño desde hace algunos meses día sí, día también que me levanto en la iglesia en esa frase que me reconcome por dentro, ese momento eterno para los novios y minúsculo para los que tenemos algo que decir y preferimos callar para siempre. En el fondo siempre supe que tú no eras para mí, tú calor y yo frío, tú día y yo noche, tú tan alegre y yo tan tímido. Es decir, estamos hecho el uno para el otro, ya que polos opuestos se atraen. Así estoy noche tras noche, momento tras momento mirando al techo de mi habitación desde mi cama. Esto me está matando, quiero decírtelo, seré egoísta, mejor quiero ser tu amigo, te deseo lo mejor. Esta carta es el legado que te dejo, quiero que seas feliz, dejo este mundo. Te quiere, tu mejor amigo.